

Cómo Justin Case engañó al destino

MEG ROSOFF

Traducción del inglés de
María Porrás Sánchez

Las Tres Edades Ediciones Siruela

Desde aquí arriba la vista es excelente. Puedo ver el mundo entero y todo lo que contiene.

Veo, por ejemplo, a un chico de quince años y a su hermano.

El hermano pequeño de David Case estaba aprendiendo a caminar pero aún no era lo que se dice un experto. Tambaleándose, pasó junto a su hermano y llegó a la ventana abierta de su cuarto. No sin esfuerzo, se aupó hasta el alféizar y, enderezándose cual oruga, se puso en cuclillas y, finalmente, de pie. Entonces, en un precario equilibrio, se quedó mirando con solemnidad la torre de una iglesia cercana.

El niño se inclinó ligeramente hacia el vacío justo cuando un pájaro negro pasaba volando junto a él. El pájaro detuvo su vuelo y posó unos inteligentes ojos rojos en el pequeño.

¿Te apetece volar? sugirió el pájaro, y el niño abrió los ojos complacido.

Más abajo, en la calle, un galgo los contemplaba inmóvil, su elegante y pálida cabeza vuelta en dirección a la incipiente catástrofe. Con calma, el perro cambió el ángulo de su hocico, creando un tensor invisible que hizo que el niño se irguiese un milímetro o dos. Más seguro ahora, pero seducido por el

hecho de que un pájaro le hubiese hablado, el niño extendió los brazos y pensó: «¡Sí! ¡A volar!».

David no escuchó que su hermano pensara «A volar». Fue otra cosa la que le hizo levantar la mirada. Una voz. Un dedo sobre su hombro. El roce de unos labios junto a su oído.

Y así es como comienza la historia: un niño al borde de la muerte y un chico al borde de algo mucho más complicado.

En el preciso instante en que levantó la vista, David se hizo cargo de la situación. Gritó: «¡Charlie!», y se abalanzó al otro extremo de la habitación. Agarró al niño por la capa del pijama de Batman, lo abrazó lo bastante fuerte como para aplastarle las costillas y cayó al suelo, protegiendo la cara de su hermano en el hueco de su cuello.

Charlie chilló indignado, pero David no lo oía. Resollando, se desprendió de su hermano y lo sostuvo frente a él.

¿Qué estabas haciendo? le gritó . ¿Qué demonios te crees que estabas haciendo?

«Bueno», dijo Charlie, «estaba aburrido de jugar con mis juguetes y tú no me hacías caso, así que pensé que podía salir a ver mundo. Me subí a la ventana, aunque no fue fácil, y cuando lo conseguí, me sentí raro y feliz y todo era cielo a mi alrededor y de repente un pájaro pasó volando y me miró y me dijo que podía volar y ningún pájaro me había hablado antes y me imaginé que un pájaro sabía de lo que hablaba si hablaba de volar, así que pensé que

decía la verdad. Ah y además había un perrito gris en la acera que me miraba y me señaló con la nariz para que no me cayera y justo cuando iba a saltar y a subir por los aires me agarraste y me hiciste mucho daño, así que me enfadé y no conseguí volar, aunque estoy seguro de que hubiera podido».

El pequeño lo explicó todo lenta y cuidadosamente, para que no hubiera ninguna confusión posible.

Pío-pío vuela fueron las palabras que salieron de sus labios.

David se dio la vuelta, el corazón le latía con fuerza. No tenía sentido intentar comunicarse con un niño de un año. Aunque su hermano hubiera tenido el vocabulario adecuado, no habría sido capaz de responder a su pregunta. Charlie hacía lo que hacía porque era un niño tonto, demasiado tonto como para darse cuenta de que los pájaros no hablan y los niños no vuelan.

«Dios mío», pensó David, «si hubiera tardado más de dos segundos, ahora mi hermano estaría muerto. Él estaría muerto y yo me habría quedado deshecho, hundido, destrozado por la culpa, y durante el resto de mi vida la gente murmuraría: “Ese es el chico que mató a su hermano”».

Dos segundos. Dos segundos era todo lo que separaba la vida diaria normal y corriente de la más completa catástrofe.

Se sentó de golpe, la cabeza le daba vueltas. ¿Por qué nunca se le había ocurrido antes? Charlie podía caerse a un pozo, podía sufrir un ataque. Un accidente de coche podía seccionarle la médula espinal. Podía pillar la gripe aviar. Se le podía caer un árbol

encima. Estaban los meteoritos. Las abejas asesinas. Los ejércitos extranjeros. Las inundaciones. Los asesinatos en serie. Había residuos nucleares enterrados. Limpiezas étnicas. Invasiones extraterrestres.

Un accidente de avión.

De repente, allí donde miraba veía catástrofes, derramamientos de sangre, el fin del planeta, la debacle de la raza humana, por no mencionar y ese era el origen exacto de su ansiedad todo el dolor y el sufrimiento que él tendría que soportar.

¿Quién podría haberse imaginado un escenario tan sombrío?

David podía sentir las negras intenciones de quien quiera o lo que quiera que fuese, posándose como una feroz ave de rapiña, hundiendo a fondo las garras en la temblorosa masa gris de su aterrizado cerebro. Entonces atrajo al pequeño hacia sí, lo estrechó y lo besó en la cara.

¿Y si...?

Se quedó trabado en ese «y si». El peso de esas dos palabras le atenazó los tobillos y le arrastró al abismo.

Un año antes, su padre lo había despertado a gritos.

¡David! Tu madre está en casa. ¿No te apetece ver al bebé?

«En realidad no», pensó David mientras enterraba la cabeza en la almohada. «Ya sé qué pinta tiene un bebé.»

Pero allí estaban en su habitación, sonriendo y haciendo ruiditos ridículos a aquella criatura serena de ojos negro azabache. David se sentó entre bostezos y le echó un vistazo a su nuevo hermano. «Vale, ya lo he visto», pensó.

Evidentemente, todavía no puede verte era su padre, tan enterado como siempre. Los bebés no son capaces de fijar la mirada hasta que pasan unas semanas.

David estaba a punto de dormirse otra vez cuando se percató de que el recién llegado lo miraba con una expresión de serena autoridad.

«Soy Charlie», decían los ojos del bebé, tan cla-